

EL ENANO.

REVISTA SEMANAL

CATÓLICA, RECREATIVA Y DE INTERESES MORALES Y MATERIALES.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN.

PENINSULA.
SEMESTRE. . . . 150 pesetas.
UN AÑO. 3
ULTRAMAR.—Un año, 7 pesetas

CON LA CENSURA ECLESIASTICA.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN,
PLAZA DE SAN JOSÉ, NÚM. 8.

NÚMERO SUELTO, 5 CÉNTS

PAGO ADELANTADO.
No se devuelven los originales, se inserten ó no.

BELLEZAS DEL CRISTIANISMO.

Dichosos de nosotros que nos ha sido dado nacer bajo un cielo de gracias, dentro de una nación eminentemente católica y de padres conocedores de la verdadera Religión.

Dichosos de nosotros que mandando el pábulo de la vida corporal de los pechos de nuestra cariñosa madre, mamábamos al mismo tiempo el nutritivo del alma, de su meliflua boca que sin cesar se afanaba en hacernos balbucear los principales dogmas de una Religión sobrenatural, bella y pura; pura, sí, como su fundador, saludable como su fuente y única verdadera como el Dios que la instituyó; extendida por todo el mundo por la palabra de los Apóstoles, hombres rudos é ignorantes, iluminada por las

principales y más grandes antorchas del orbé, confirmada con la aureola de tantos confesores, adornada con la sangre y abnegación de tan numerosos mártires y embellecida con el jardín de tantas y tantas vírgenes.

¡Qué belleza! ¡Qué esplendor! ¡Qué infelices pueden llamarse aquellos que sumergidos en las sombras del gentilismo ó empañados por el error, no conocen tus dulzuras y no te tienen como móvil y estímulo en sus operaciones y regla de costumbres, ó si te conocen, no en tu pureza primitiva según fué establecida por tu fundador! Tú eres la que das aliento á los débiles, la que humillas á los potentados y unes á todos con el suave yugo de la caridad. Tú eres el consuelo de los desgraciados, la esperanza de los abatidos y el refugio de los necesitados.

En vano en el decurso de tres

siglos se ensañó la crueldad de los emperadores en extirpar tu nombre, en vano la sangre corría á ríos por las calles, en vano el fuego era avivado sin cesar con frenética diligéncia por los paganos; la sangre de mártires era semilla de cristianos.

Inútilmente los herejes y obispos cortesanos pretendieron pagar sus errores por la fuerza haciendo más daño que el cesarismo; tú siempre te levantas erguida, pura, inviolable, y como los pigmeos que no osan atacar de frente á Júpiter van por detrás para quitaros algún despojo. Esto sucede en nuestros días.

En cambio cuantos han cerrado las puertas á la pasión y te han estudiado prudentemente y con sano é imparcial criterio no han podido menos de reconocer en ti la única verdadera, la más santa, la más noble en el fin, la más excelente en los medios, en una palabra, la más racional entre todas las religiones.

Nunca faltó quien te hiciese justicia y jamás ha carecido el mundo de hombres admiradores de tu principio y rápido desenvolvimiento, ejecutado todo por una serie no interrumpida de milagros.

Empero no son estos los únicos que influyeron en tu progreso. Además de los milagros extendieron tus doctrinas las virtudes y los razonamientos, manifestando

tu divinidad á los pobres y ricos, á los filósofos y á los soberbios emperadores, admitiendo en tu seno á los que firmemente sometían su voluntad á tu cabeza y su razón á la fe, rogando por los que te ofendían ó perseguían y arrojando á los que querían exenciones para unir la licencia gentilica con la dicha de llamarse cristianos.

Hubo, sí, hubo cristianos que anteponiendo á su vida y bienestar la causa de la fe se desprendieron de todo lo mezquino y mundanal para entregarse totalmente y con heroica abnegación á su santificación propia y la de sus semejantes.

Baste citar un Justino, un Atanasio, un Cipriano, un Jerónimo y sobre todo un Aurelio Agustín.

Sí, Religión sacrosanta del cristianismo, ya veo tu bandera enarbolada desafiando á todas las potestades del mundo; ya te veo erguida á pesar de todos los atentados y asaltos que habéis sufrido; la providencia de Dios te fortifica con bravos escuadrones que hacen imposible tu derrota, y mientras ves cómo se desmembran los imperios más vastos y soberbios castillos quedar reducidos á ruinas, tú siempre grave y serena estás presenciando tales infortunios, en la seguridad de que «las puertas del infierno no prevalecerán contra ti.» Podrás sufrir menoscabo, tendrás encarnizados

enemigos, pero nadie jamás triunfará de ti mientras quien te gobierna sea Dios, que siempre lo ha sido, es y será.

ANASTASIO HERRERO.

* * *

LOS NOMBRES DE LAS COSAS.

Cada cosa tiene su nombre, por regla general. Pero esta regla tiene sus excepciones, y así vemos que se hacen y se dicen cosas que no tienen nombre.

Sin embargo, lo corriente es que á cada objeto se le llame de un modo: al pan, pan, y al vino, vino; pero ocurre cuando se hace algo nuevo, que todavía no tiene nombre y hay que ponerlo.

Algunos autores dan á sus obras su propio nombre y apellido, y no es extraño ver, en las boticas sobre todo, cajas ó frascos con rótulos como estos: «Píldoras Fernández», «Jarabe á lo Lucas Gómez», «Pomada de los hijos de González, sucesor de Pérez», etc.

Todo esto está bien, porque cada uno puede dar su nombre á lo que quiera; pero..... ¿y eso de poner á los objetos nombres de otras personas?

Cuando ocurre algún hecho importante, todo se dedica á la persona que lo realiza.

Y aun no hace mucho que se vendían por ahí «Fósforos Peral», «Anisado Peral», y otras cosas Peral.

Hace pocos días oí en una pastelería este diálogo entre el mozo y un caballero:

—¿Qué va usted á tomar?

—Chocolate con bollo.

—¿Con qué clase de bollo?

—¿Cuántas clases hay?

—Varias. Ahora tenemos ensaimadas, bollos de leche, mojicones, Sagastas..... (1).

—¿Sagastas?

—Sí, señor; un pastel que se llama así.

—¡Hombre!, pues tomaré chocolate con Sagasta.

—No se lo recomiendo porque es algo indigesto.....

—No importa; tendré el gusto de comerme á todo un Presidente del Consejo.

—¿Con azúcar?

—Bien; estará más dulce. Así podrá atravesarlo.

Como se ve, no deja de tener gracia la cosa, y si se generaliza, no será extraño oír decir:

—Estoy fastidiado. No he podido dormir esta noche.

—¿Por qué?

—Porque se me ha indigestado una *ensalada de Ruiz Zorrilla* (léase pepinos) que tomé anoche.

—¡Ah! No se apure usted; en purgándose se quita. Tome usted un cortadillo de *agua de Zola*, y es cosa concluida.

También veríamos anunciados otros comestibles con apellidos, como por ejemplo: «Flanes Groizard», «Morcillas Aguilera», «Salmerones en vinagre», «Cánovas (antes pavo) trufado», «Buñuelos de viento Pérez Galdós», etcétera, etc.

.

Quisiera continuar, pero no puedo. Siento unos dolores terribles en el estómago; parece enteramente que me muerden.

¡Ay! Ya sé lo que es.

¡Que se me ha indigestado un *Beccerra!*

O sea una democrática empanada de atún que comí esta mañana.

R. M. NACARINQ.

(1) Auténtico.

EN BROMA Y EN SERIO.

Zapatero, á tus zapatos. Este es un adagio cuya procedencia ignoro, pero que encierra dentro de sí más de lo que parece.

Es moneda corriente en España, porque se emplea tanto en la humilde buhardilla como en el más suntuoso palacio.

Esta frase se usa para darnos á entender que nadie debe mezclarse en lo que no le importa, ni emprender negocios que no sean de su incumbencia; pero por desgracia la mayor parte queremos probar nuevas aventuras.

Si es verdad que al que no sabe hacer una cosa debe llamársele *zapatero*, también es verdad que hay muchos *zapateros* en el mundo.

Zapatero es, por ejemplo, el hombre inteligente que siendo un buen marino admite el cargo de ministro de hacienda; *zapatero* es el que siendo un excelente pintor permite que le nombren diputado y quede mudo al penetrar por las puertas de las Cortes; *zapatero* es aquel que siendo un mediano escritor pretende competir con los mejores autores de obras científicas ó dramáticas; *zapatero* también es el que teniendo los pies de plomo pretende figurar en algún cartel de toros como primer espada.

Mas á pesar de esto todos ambicionamos ser *zapateros* á trueque de figurar, aunque después nos desprecien los buenos críticos ó nos arrojen á bofetones del lugar que malamente ocupamos. Tanto abunda este gremio, que ya casi todos lo somos, aunque tengamos que andar descalzos.

Si alguno desea buscar *zapateros* en abundancia, acuda á la alta sociedad y estoy seguro que encontrará cuantos desee y más.

Fijemos nuestra vista en las tertulias y veremos cómo el que más y el que menos sabe gobernar mejor que ninguno; todos son capaces de sacar las faltas de sus semejantes, mas ninguno será capaz de corregirlas; pocas, muy pocas serán las cosas ó personas que para ellos no merezcan censura, aunque todos ellos se creen incensurables; llega un momento en que tienen que poner en práctica cualquiera de estas cosas, y resulta que no solamente podemos llamarlos *zapateros*, sino que ni aun el título de *remendones* han podido alcanzar.

Se trata de hacer alguna obra de arte y ya están enseguida una porción de *zapateros* para examinar el plano y dar su parecer, aunque ninguno de ellos sepa trazar un triángulo equilátero; se piensa hacer una carretera y al momento salen *zapateros* á montón haciendo saber por dónde tiene menos rodeos, sin tener en cuenta las montañas que haya que atravesar; se quieren arreglar las cuentas del municipio y á continuación salta un diluvio de *remendones* que todo lo hacen con sólo decir como dijo Dios al hombre: Hágase.

Reciente está el triste suceso que se atribuye al coadjutor de Ribafrecha, pues no bien se hubo llevado á cabo cuando esa pléyade sin corazón de *zapateros* ambulantes estaba imponiendo un castigo, no á la persona sino á su madre la Iglesia, sin tener en cuenta que las frutas podridas también se cogen de los buenos árboles. ¿Acaso Jesucristo tuvo la culpa de que Judas saliese un ladrón y un criminal? ¿No compartía con él sus delicias como con los demás discípulos? Y vosotros, moñinos y lenguaraces, ¿por qué miráis este crimen desde otro punto de vista que el que se merece? ¿No os preciáis de católicos? Pues como tales debéis obrar, ó de lo contrario mentís á man-

salva y con descaro. Este crimen ha podido ser cometido por un hombre que pertenece al estado eclesiástico, mas por un hecho aislado no hay razón para atacar á la Iglesia. ¿Seréis capaces de contar los crímenes que han sido cometidos á la sombra y bajo el amparo de esa mal llamada libertad que tanto cacareáis?

Pensadlo bien, hombres de conciencia; no deis rienda suelta á vuestra desenfrenada lengua y vengamos á parar á lo de los *zapateros* del cuento; dejad que los tribunales se las compongan con él, y no os metáis á sentenciar una causa aunque hayáis estudiado Leyes, porque si los jueces se equivocan, difícil será que dejéis de equivocaros.

Haced lo que yo hago, seguid con vuestros *zapatos*; de ese modo gozaréis de perfecta tranquilidad. Ya comprendo que esta vez me he extralimitado haciendo el papel de protagonista en la *zapatería*, pero este es un deber que mi conciencia me lo ha impuesto y no debodejarlo pasar por alto.

P. PITO.

*
*
*

LA VENTANA Y LA ALACENA.

FÁBULA.

Caminando un relator del Consejo de Ultramar, hizo noche en un lugar en casa de un labrador.

En servicio del viajero iba un paje maragato, mozo de excelente olfato y excelente majadero.

Cenaron en paz de Dios, trataron de madrugar, y hubiéronse de acostar en una alcoba los dos.

Vefanse en los costados de la estancia, frente á frente, iguales perfectamente cuatro postigos cerrados.

El un par era un balcón; el otro correspondía á una alacena en que había seis quesos de Villalón.

Cogió el sueño tarde y mal el relator, y durmiendo creyó sentir el estruendo de un turbión descomunal.

Despertó, y al camarada le dijo: «Ved si el Oriente clarea, y si da el ambiente olor de tierra mojada.»

Saltó el paje de su lecho y á tientas de mano y pie, por ir al balcón, se fué á la alacena derecho.

Abrió, zampó la cabeza, y aunque miró y remiró, tan negro el boquete halló como el resto de la pieza.

Pero un olor enseguida percibió en aquel recinto que le pareció distinto del de tierra humedecida.

Y levantando expreso la voz, el muy avestruz dijo: «Ni lluvia, ni luz; está oscuro y huele á queso.»

Así ciega y tontamente críticas hacen famosas los que no miran las cosas desde el punto conveniente.

Halla oscura tal escena don Gil Blas, no Santillana; y es que huye de la ventana y se asoma á la alacena.

J. E. HARTZENBUSCH.

LAS NOCHES DE INVIERNO.

¡Eche V. leña, tío Gil, que nieva que es un gusto.

—Y lo que nevará, tía Remedios. Mire V. cómo el gato vuelve el trasero á la lumbre.

—Y qué?

—Qué es señal de nieve, *verdá* tío José?

—No sé qué influencia tendrá la atmósfera en ese animal, pero yo aseguro que nieva, porque cae cada copo como sábanas y hace un frío propio de Siberia.

—Y quién es esa Silveria? preguntó la tía Melchora.

—No es Silveria, mujer, es Siberia, un país situado al Norte de Europa donde... pero no lo habéis de entender.

—¡Que no! La tía Remedios ha leído mucho, y malo será que no *haiga tropezau* con ella.

Yo, dijo la aludida, me sé de carretilla la historia de Aladino ó la lámpara maravillosa, la de Carlo-Magno y los Doce Pares de Francia y muchas más; pero confieso que no he oído en mi vida la de Siberia.

—Pues el tío José la contará.

—Os contaré otra, porque de Siberia no sé más sino que existe.

Venga, venga otra; pero aguarde V. que baje por otro brazado de leña. Vaya, cuando V. quiera.

—Pues, señor, había en una ciudad un honrado albañil, que con su trabajo mantenía á su anciana madre, á su esposa y á dos hijos, fruto de su matrimonio.

Todos los sábados depositaba en manos de su mujer un puñado de monedas de plata, compensación del trabajo de la semana.

Los domingos y días de fiesta, sin dejar uno, acudía aquella honrada familia á la inmediata parroquia á oír el

Santo Sacrificio de la Misa y en dos años que yo viví en la misma casa que ellos, la felicidad, premio del trabajo, habitó en su ascada buhardilla.

Me ausenté de la población para negocios personales, y cuando volví á los cinco años estaba desocupada la buhardilla del honrado albañil.

Pregunté á los inquilinos y ninguno pudo darme noticias suyas.

Pensé en que se habrían mudado; pero mi cariño era tan grande por aquella familia tan honrada y trabajadora, que resolví informarme para averiguar su paradero.

Tapado con mi capa hasta los ojos me lancé á la calle y seguía á escape mi camino hacia el café, cuando una voz que no me fué desconocida me pedía una limosna por Dios.

Volví la cabeza y en el hueco de una puerta vi el cuadro más conmovedor que podéis figuraros. Una mujer tapujada con una saya que había sido negra en sus tiempos y dos niños de siete y ocho años respectivamente que tiritaban de frío, mal cubiertos por unos harapos que acaso habían sido vestidos.

¡Cuál sería mi sorpresa al reconocer en ellos á la familia por quien me interesaba!

—¡Julia! exclamé sin poderme contener.

—¡Sr. José! dijo ella secando con la mano dos lágrimas, hijas, sin duda, de algún feliz recuerdo.

Empezaba á nevar y le dije que me siguiera con los dos niños.

Llegamos al café y en un gabinete reservado hice que les sirvieran de comer.

¡Daban lástima los pobres niños!

Los animé y saciado el apetito que les devoraba, mi antigua vecina me dijo:

—¡Qué de penas desde que V. se fué!

—Cuéntame y veamos.

—¡Ya sabe V. lo felices que éramos!

Mi Pedro (así se llamaba su marido) trabajaba y era un modelo de maridos.

Su madre murió rodeada de todos y bendiciéndonos como una santa.

Pasaron seis meses y seguíamos siendo tan felices.

Un día vino mi Pedro trayendo una caja y unas herramientas que, lo confieso, me dieron miedo.

—¿Para qué es eso? le pregunté.

—Para nada. No entiendes.

—Aquella noche no dormí en pensar y sorprendí en su pesadilla algunas frases que me hicieron temblar de espanto. «Lleva razón — decía — mueran los burgueses.»

—Dios mío! exclamé: ¿Qué es esto?

A la mañana le interrogué y... nada. Besó á los niños y se fué.

Por la noche volvió y estuvo hasta las doce metiendo clavos y pedazos de hierro en una caja.

Yo no sabía qué era aquello, pero temblé.

A la mañana siguiente vino á llamarle un hombre que me fué repulsivo á primera vista.

—¿Está eso? le dijo.

—Sí.

—Pues cógelo y andando.

—Se fueron; abracé á mis hijos y comencé á llorar sin saber por qué.

—A las dos horas un Comisario con dos agentes de policía vinieron á registrar la buhardilla y nos llevaron á la cárcel.

En ella supe la horrible verdad.

En una casa de la calle Mayor había estallado una bomba de dinamita matando al infeliz que la había arrojado, y digo infeliz porque era mi esposo, dijo llorando amargamente.

Nos pusieron en libertad pero..... ¡ay! si yo fuera á contar á V. la vida

de llanto y la miseria que hemos llevado!

Todos huían de nosotros y pocas limosnas venían á caer á la mano de la mujer de un..... desgraciado.

—Y cómo se comprende que tu marido tan bueno y honrado hiciera esa barbaridad?

—¡Ay! Las compañías malas y los papelotes que leía le hicieron perder las buenas cualidades que poseía.

—Con el corazón lleno de amargura le entregué cuanto dinero llevaba y le dije que en mi casa estaba si algo le ocurría.

—Y en qué paró? dijo la tía Melchora.

—No la volví á ver ni oí nada respecto á ella.

—Luégo dicen, dijo el tío Gil, que los papeles.....

—Los papeles! ¡Cuántos hay que no debían leerse y menos escribirse! Pero todo va así. Libertad para lo malo y freno para lo bueno.

—Y que lleva V. mucha razón, tío Jo é, dijo la tía Melchora, y á fe que no tiene la culpa quien lo escribe sino quien lo deja escribir.

—Vaya, las diez. Cada mochuelo á su olivo y taparse el morro que viene un gris que pela, dijo el tío Gil disponiéndose á alumbrarles con el descomunal candil de hierro que había descolgado de un alambre pendiente del del techo.

—Hasta mañana.

—Adiós.

CEFERINO OJEDA.

SECCIÓN DE NOTICIAS.

En la pasada semana se han extraído de esta localidad 510 cántaras de vino á los precios de siete y ocho reales una.

En el registro civil de este Juzgado municipal se han verificado en la semana anterior las siguientes inscripciones.

NACIMIENTOS.—Sara Muro Tarazona, María de los Dolores Pascual Fernández y Antonio Carmelo Gil de Muro y Serrano.

DEFUNCIONES.—Vicente Argaiz y Martínez, de 79 años.—Petra Martínez y Portillo, de 64 id.—Pedro González y Fernández, párvulo.—Vicente Martínez y Puerta, de 75 años.—Celestino Beltrán y Muro, párvulo.—Nicolás Marín y Ortega, de 76 años.

MATRIMONIOS.—Ninguno.

El Consejo de Instrucción pública propone al Gobierno que procede establecer en los Institutos la asignatura de Religión, siendo la matrícula voluntaria y obligatoria la asistencia.

Para probar ésta bastará un certificado del profesor.

La clase estará á cargo de sacerdotes nombrados por el Ministro de Fomento á propuesta de los Prelados, y percibirán sueldo de 2.000 pesetas en Madrid, 1.500 en los Institutos provinciales y 1.000 en los restantes.

Los Padres Redentoristas, expulsados de Alemania en 1873, han vuelto á Baviera hace poco tiempo, y con autorización del gobierno prusiano han vuelto también á Alsacia Lorena. Confiando en la divina Providencia, se obstinaron en conservar en esta provincia sus antiguas casas, y de cinco han recuperado cuatro, que son las Mulhousse, Landser, Bischemberg y Taterschen.

El gobierno de la república de Venezuela ha dado un decreto encargando la reducción y civilización de los indígenas de su territorio á los

misioneros Capuchinos españoles. El decreto dice que se adopte tal medida, porque «los esfuerzos hechos por el gobierno de la república no han dado aún el resultado que se anhelaba, y atendiendo á que la acción más eficaz que para tal objeto puede emplearse es la evangélica de los misioneros católicos...»

¿Qué dicen á esto los *frailófobos*?

D. Juan Felipe Bueno, de Calahorra, ha sido nombrado miembro del Museo de Artes, sección de relojería, de Ginebra (Suiza).

Celebramos este nuevo triunfo de nuestro apreciable suscriptor.

ANUNCIOS.

Florentino Rubio, conserje del casino «La Amistad», vende barajas en buen uso á 15, 20 y 25 céntimos de peseta una.

Por docenas á una peseta cincuenta céntimos, dos y dos cincuenta.

* * *

BUENA OCASIÓN.

Se vende una sillería con muebles, en buenas condiciones.

Para más detalles darán razón en el comercio de tejidos de don César Ruiz de la Torre.

Calle de Palacio, núm. 2.